La ambivalencia de Eva

Catalogación en la publicación – Biblioteca Nacional de Colombia

Mendoza, Jairo, 1983-
La ambivalencia de Eva / Jairo Mendoza. -- 1a. ed. – Santa Marta : Universidad del Magdalena, 2017.
100 p. – (Libros artísticos y culturales)

Incluye datos biográficos del autor.
ISBN 978-958-746-087-2 -- 978-958-746-088-9 (digital)

1. Cuentos colombianos - Siglo XXI I. Título II. Serie

CDD: Co863.5 ed. 23 CO-BoBN– a1009378

Primera edición, octubre de 2017

© UNIVERSIDAD DEL MAGDALENA

Editorial Unimagdalena
Carrera 32 No. 22 - 08
(57 - 5) 4217940 Ext. 1888
Bloque 8 - Segundo Piso
Santa Marta D.T.C.H. - Colombia
editorial@unimagdalena.edu.co

Colección: Libros Artísticos y Culturales

Rector: Pablo Vera Salazar
Vicerrector de Investigación: Ernesto Amaru Galvis Lista
Coordinador de Publicaciones y Fomento Editorial: Jorge Enrique Elías-Caro

Diseño de portada y diagramación: Luis Felipe Marquez Lora
Fotografía de portada: José Camilo Iguarán León
Corrección de estilo: Gran Caribe, Pensamiento, Cultura, Literatura

Santa Marta, Colombia, 2017

ISBN: 978-958-746-087-2 (impreso)
ISBN: 978-958-746-088-9 (digital)

Impreso y hecho en Colombia - Printed and made in Colombia
Xpress Estudio Gráfico y Digital S.A.S. - Xpress Kimpres (Bogotá)

El contenido de esta obra está protegido por las leyes y tratados internacionales en materia de Derecho de Autor. Queda prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio impreso o digital conocido o por conocer. Queda prohibida la comunicación pública por cualquier medio, inclusive a través de redes digitales, sin contar con la previa y expresa autorización de la Universidad del Magdalena.

Las opiniones expresadas en esta obra son responsabilidad del autor y no compromete al pensamiento institucional de la Universidad del Magdalena, ni genera responsabilidad frente a terceros.

La ambivalencia de Eva

Jairo Mendoza

Colección: Libros Artísticos y Culturales

Editorial
•UNIMAGDALENA•

Ese desorden que es su orden misterioso, esa bohemia del cuerpo y el alma que le abre de par en par las verdaderas puertas. Su vida no es desorden más que para mí, enterrado en prejuicios que desprecio y respeto al mismo tiempo.

JULIO CORTÁZAR
Rayuela

Amo a las mujeres misteriosas, puesto que vos sois una de ellas…

MARCEL PROUST
Carta a Geneviève Straus

1

Tengo las manos cubiertas de sangre ajena. Y la cara. Y la ropa.

Corro por estas calles con el desespero de un secuestrado en fuga, huyendo de mi crimen, y también, inútilmente y sin que sea en verdad el gran propósito de mi escape, tratando de huir de mí, de quien soy ahora, de en quien me he convertido por culpa de esta estúpida manía que tengo de quedar bien ante aquel o aquella que ha oído de mí una promesa. Lo sé, no existe en el mundo una sola persona que haya hecho todo lo que ha prometido, pero ya qué, es demasiado tarde para deshacer mis actos.

El corazón ya ha dejado de ladrarme detrás del tórax, pero el golpeteo que sostuvo durante mi emulación de Raskolnikof me ha dejado adolorido el esternón y aún respiro con dificultad. Por mi cabeza se cruzan todo tipo de pensamientos, una amplia variedad de razonamientos oscuros sobre mi futuro. Domina con mayor intensidad mi mente la idea del suicidio en cuanto me vea acorralado por la policía, y creo estar seguro de que, llegado el momento, no me temblará la voluntad para tomar esa decisión. Quizás me atraviese en el recorrido de un carro en alguna avenida, o suba a un edificio alto y salte desde la azotea. También pienso en la posibilidad de ir a la cárcel, purgar una pena de cuarenta y cinco años por mi delito y salir a los sesenta por buen comportamiento, y trabajar el resto de mis días en una carpintería siguiendo, de manera tardía, los pasos de mi padre y de mi abuelo. Probablemente para muchos, este último final no es lo peor que me pueda pasar. Pero para mí, en cambio, que he fantaseado desde hace tanto con una vida adulta sedentaria, dedicado a la lectura y a la escritura de poesía, y morir de viejo después de haber ganado algún premio medio-importante, ese final, no sería sino para mi vida una especie de coito interrumpido; un anaranjado atardecer hendido por una impertinente nube negra.

En mi reloj son las dos de la tarde y el sol sigue tan alto y caliente como cuando llegué a esta ciudad, y a pesar de las miradas de estupor de la gente que me cruzo en el camino, sigo corriendo y solo reduzco el paso al llegar a la calle del Boquete con la intención de alcanzar la Avenida Venezuela, donde espero completar la escapatoria tomando un taxi. Es ciertamente un desperdicio andar por estas calles de Cartagena en tan deleznables circunstancias.

Al subirme al único taxi que aceptó llevarme luego de que dos se negaran al verme ensangrentado (al parecer sus conductores creyeron que la sangre manaba de mis venas), en mi celular marco el número de Eva que, luego de cuatro tonos, escucho contestar.

—Hola— dice.

—Hola, soy yo.

Ella ya sabía que era yo, pues mi nombre apareció en la pantalla de su teléfono. También había reconocido mi voz.

—No quiero que te asustes— sigo hablando, al tiempo que pienso que había sido un error llamarle, y mucho más empezar diciéndole aquello.

Y lo empeoro todavía más:

—Las cosas no salieron como esperaba.

— ¿Qué pasó? ¿Qué dijo mi mamá?

—De eso hablaremos más tarde.

—¿Por qué? ¿Qué pasó, Aldemar?

—Es mejor que hablemos en persona.

Eva pasó de la duda al nerviosismo.

—Es algo malo, lo sé y no quieres decirme. Te exijo que me digas. ¿Y Efraín?

—Tranquilízate, luego hablamos. No te imagines nada, yo te contaré todo cuando regrese.

—Me llamas pidiéndome que no me asuste y cuando te exijo que me digas por qué, no lo haces. Pasó algo malo y yo lo sé. Le pasó algo a mi mamá ¿cierto?... ¿No mataste a Efraín?

—Eso solo te lo puedo decir en persona, por teléfono no hablaré de ese tema.

—Eres un pusilánime, dime la verdad ¿No mataste a Efraín, cierto?

—Ya te dije, mejor hablemos en persona, espérame en tu casa, apenas llegue voy allá.

Todo es un completo desastre: el fin del mundo vaticinado por los mayas; el Apocalipsis revelado por Juan; la hecatombe profetizada por el ex presidente más fascista de este país de insensatos; un tsunami de mierda ensangrentada que me ha caído encima asfixiándome indoloramente. ¿Qué carajos hago yo en esta situación? ¿Cómo es que he resultado metido en este pozo séptico? No lo sé, o, mejor dicho, prefiero ya no saberlo. Así que me obligo a alejarme de tales pensamientos y, casi sin darme cuenta, en la ventanilla del taxi empiezan a aparecer las casas de La Manga y un viento suave se cuela pegándome en la cara con el aroma desdeñoso del mar de la Heroica, y es en este preciso instante cuando el rostro de Lucía Esquivel atraviesa mi memoria como un relámpago solar, y entonces los recuerdos empiezan a sucederse uno tras otro, y, aunque yo hubiera intentado contenerlos, ya de nada habría servido porque se han precipitado en tumulto. Recuerdo sus ojos de ébano y su tersa piel morena, recuerdo asimismo la última vez que acaricié su rostro en la víspera de la navidad pasada, y recuerdo, como recordaré por siempre, sus labios espumosos y fértiles. Y también, recuerdo el final del poema de Darío Jaramillo que Lucía me dejó pegado en el espejo de mi baño el día que se fue, configurando con eso un ritual de despedida deliberadamente retórico:

Pero primero está la soledad, y tú estás solo,
tú estás solo con tu pecado original —contigo mismo—.
Acaso una noche, a las nueve, aparece el amor y
todo estalla y algo se ilumina dentro de ti,
y te vuelves otro, menos amargo, más dichoso;
pero no olvides, especialmente entonces,
cuando llegue el amor y te calcine, que primero y
siempre está tu soledad y luego nada y después, si ha de llegar, está el amor.

Por aquel entonces, hablo del tiempo antes de su partida (de eso hace unos tres meses), Lucía leía de manera obsesionada la poesía de Jaramillo y podía

pasar horas recitando de memoria versos y más versos. Pero aquel poema que me había dejado en el baño era su predilecto y solía declamarlo repetidas veces adoptando un tono exageradamente lírico. Era su ritual más solemne y el que yo más disfrutaba. Recuerdo que cuando terminaba de recitarlo, en el aire quedaban deambulando por luengos minutos una cadena de milagrosos ecos que morían lejos, bien lejos, y cuando ya esos versos eran una cineraria reverberación, nos abandonábamos dormidos aun con las luces encendidas, enmarañados, diluyéndonos mutuamente como por ósmosis, casi siempre ella sobre mí. Esa vida de entonces era pacífica y ninguno de los dos albergábamos en nuestros corazones resentimientos ni frustraciones; no había pisos blandos que hicieran tambalear nuestros pasos comunes porque en aquellos días nos amábamos de veras, y no existían razones suficientes que inseminaran ni en mi espíritu ni en el de ella la idea del fracaso, incluso cuando éramos absolutamente conscientes de que *los futuros tienen una forma de caerse en la mitad*. Nada parecía perturbarnos. Aunque ahora que recuerdo mejor, se me viene esa sola noche a la cabeza, una cuando desperté sobresaltado al oír la voz de Lucía brincar de su sueño como un grillo. Pero el grillo que había saltado era yo, porque ella dormía plácidamente a mi lado, desnuda por completo, y su respiración era tan noble y tan sana que su estado no era merecedor ni siquiera de una mirada fugaz.

Pero yo la miré, tratando de recordar con eso el sueño que me había despertado y apenas logré rescatar pedazos que revoloteaban en mi cabeza como moscas que buscaran salir de un frasco. No eran recuerdos valiosos realmente: un hombre tirándole piedras al sol, un niño pescando en un lodazal, una mujer ahogándose en la tina de un baño, y un viejo conduciendo un taxi en contravía con la naturalidad de un inglés, al que Lucía llamaba tremendamente desesperada desde una acera sin que el viejo pareciera escucharla: ¡Taxi!... ¡Taxi! Lucía dormía, y yo seguí contemplándola embriagado sentado en el borde de la cama. Desfilé sutilmente un dedo por su vientre y advertí como ella, sin consciencia, evadió mi roce. Luego empecé, mentalmente, a descomponerla y volverla a armar, pero depositando ahora sus senos opulentos sobre sus torneados muslos, y los brazos saliendo del lugar que antes ocuparon los senos, y las orejas pegadas al lugar de donde en principio se desprendían los brazos, y su pelo fuliginoso descosido sobre la cara y sus ojos de noche cerrada… sus ojos… esos ojos… ¡ah!… volví a rozar su vientre y esta vez sentí que su cuerpo

se estremeció con mi contacto, tal como si hubiese recibido un alfilerazo; la vi revolverse en la cama y palpité segundo a segundo la emoción de presenciar el momento exacto en el que ese hermoso ser moreno cobraba vida, y la vi desplegar los párpados tan parsimoniosamente hasta acostumbrar sus retinas a la luz.

— ¿Por qué estás despierto?—me preguntó.

—Es que me despertó un sueño— respondí, mustio y como abstraído.

—¿Y qué soñaste?

Cerré los ojos un instante, apreté los párpados y me tumbé en la cama sobre mi costado izquierdo.

—Pendejadas —dije finalmente—, después te cuento.

Lucía volvió a moverse hasta quedar de frente a mí, aunque no habló sino después de un tiempo que ya se prolongaba. Musitó enigmáticamente:

— ¿Hace cuánto que me amas?

Yo me quedé inmóvil a la espera de que la cama me tragara vivo. Y en realidad lo deseé profundamente, pues aquella era del tipo de preguntas que evitaba regularmente en mi vida.

—Bueno… no tengo forma de saberlo, lo siento— dije al cabo de unos segundos y buscando dar por terminado el tema.

—Esa no es una respuesta— respondió, seria.

—Claro que sí lo es. Solo tengo que agregar a eso que lo que siento por ti llenó mi vida de repente… pero no recuerdo la hora ni la fecha con precisión.

— ¿Tampoco el lugar?

—Tampoco— rematé, aún presa del azare por la primera pregunta.

Y, aprovechando la pausa que se erigió como un monumento al silencio, llevé mi mano hasta el rostro de Lucía y acaricié suavemente sus mejillas puras; me incorporé solo un poco, lo suficiente para quedar muy cerca de ella, y con los labios busqué su boca y la encontré, receptiva y cálida. Deslicé la mano con parsimonia y busqué sus senos y también los encontré, altivos y por supuesto concupiscentes, apreté con la yema de los dedos sus pezones izados y pude percibir entonces un fugaz gemido que me inflamó las venas. Desplacé con indubitable sutileza la mano atravesando la maravillosa meseta de su vientre y a medida que avanzaba mi cruzada hacia la conquista de una promesa anhelada que se hallaba al final de aquella tierna llanura, fui mucho más consciente de que me encontraba a punto de presenciar una detonación sin control entre sus piernas. Hundí suavemente los dedos en un bosquecillo lúbrico que anticipaba las escarpadas termopilas que empecé a escalar, ávido, antes de adentrarme en sus profundidades calcinantes cuyas paredes abrasaron placenteramente mi tacto, invicto y glorioso…

…Así fue… porque tiempo después Lucía empezó a esfumarse, primero lánguida y penosamente, y al final, su figura se difuminó y de golpe dejó de ser en este mundo mío, y en cualquier otro mundo donde yo pudiera habitar. Hasta hoy no he vuelto a verla.

A pesar de lo prodigioso, el recuerdo (o mejor: la ausencia) de Lucía no ha hecho sino empeorar mi estado de ánimo. Sin embargo, me reconforta el hecho de que estoy a punto de salir de Cartagena y, con ella, dejar atrás esta tarde aciaga que empieza a generarme un malestar punzante detrás de los ojos. El taxi me ha dejado en la Terminal de Transportes y de inmediato entro en un servicio de baño y me lavo lo más que puedo. Salgo y compro un tiquete con destino a Santa Marta y me subo al bus azul número 1106 que me indicaron en la oficina de taquilla. Al sentarme, pienso que lo peor ha pasado. Que no hay forma de que me alcance quien pueda estar detrás de mí y que mis preocupaciones, si acaso, solo volverán al llegar a mi destino. Aún con la turbación que me alberga, me he relajado al cabo de unos minutos de introspección, que me han llevado a comprender que, aunque la Policía o no sé quién más haya descubierto ya el cadáver de Efraín, le tomará un buen tiempo identificarme como el principal sospechoso y hasta podría pasar que ni siquiera piensen en mí, porque, si mal no recuerdo, no dejé pistas contundentes que me incriminen. De modo que intentaré dormir un poco durante el viaje y procuraré despertar solo minutos antes de llegar a mi destino.

2

Conocí a Eva Camargo un viernes, un día tan común y parecido a tantos otros que su presencia en la biblioteca fue para mí un suceso natural, nada extraordinario, porque aquel lugar era concurrido y visitado por mucha gente todos los santos días, menos, por supuesto, los domingos. Pero ella en sí era otro tema. Y lo digo porque es que no le quité la mirada durante su recorrido por la sala de lectura: quedé enganchado. Solo al verla desaparecer entre los estantes me dediqué a seguir con mi trabajo de "prestador" de libros. Eso es lo que hago y, a falta de un rótulo formal para denominar mi cargo, decidí unilateralmente llamarme así, Prestador, y, además, para tener una respuesta clara cuando alguien me preguntase por lo que hago para ganarme la vida.

Un rato corto pasó hasta cuando vi a Eva aparecer de nuevo. Se acercó a mí, digo, a donde yo me encontraba, y puso sobre mi escritorio de falso oficinista un libro de pasta verde bastante ajado que no tenía título visible ni sobre el lomo ni en la tapa. Permanecí sentado con las manos entrelazadas sobre el escritorio, aparentando una jerarquía administrativa de la que yo carezco totalmente.

—Necesito llevarme prestado ese libro, pero tengo un pequeño problema—dijo, refugiándose en un tono de voz apacible pero matizado por cierta impotencia.

Fue la primera vez que vi de cerca sus ojos ambarinos, grandes y dueños de una mirada tajante (aun detrás de unos contundentes lentes de miope) que daba la impresión de guardar un secreto prehistórico, porque era evasiva y cauta. Su cabello rubio ondulado le caía sobre los hombros en una cascada volátil que parecía hecha de espuma; debía tener unos treinta y cinco años. Seguí mirando sus ojos por varios segundos hasta cuando ella volvió a hablar.

—Lo que pasa es que no estoy afiliada a la biblioteca.

Enseguida dejó encima del escritorio un sobre de manila marrón que llevaba en una mano y empezó a rebuscar algo dentro de su bolso, también marrón, y al final extrajo un carnet y me lo entregó. Yo seguía imbuido en sus ojos, así que lo revisé sin mayor rigor, medio concentrándome particularmente

en la fotografía donde evidencié que en efecto se trataba de la misma mujer que tenía en frente.

—Trabajo en esa universidad— soltó, inerme. Si quiere, puede corroborarlo llamando allá.

Sonreí al escuchar aquella última frase, pues sabía tan bien que aquel "si quiere, puede corroborarlo" constituye un sencillo pero eficaz ejercicio estratégico, una suerte de artilugio al que algunas personas suelen acudir en determinadas circunstancias para ganarse la confianza de otras. Lo había visto en varias películas, en las cuales, la persona que era invitada a corroborar una historia se quedaba mirando fijamente a su interlocutora y al final, como si le hubiera bastado con eso para ver la verdad en el alma de esta, optaba por no hacer la llamada y comprobar que lo que le decían era cierto o falso. En muchos casos, resultaba que hacer la bendita llamada podía haberles salvado la vida.

No había nadie más esperando turno para pedir prestados libros, así que me sentí afortunado de estar a solas con ella, pues podía tomarme todo el tiempo del mundo atendiendola en exclusividad. Y empecé diciéndole que para poder sacar el libro del establecimiento primero tendría que afiliarse y que el proceso tardaría en promedio cinco días hábiles, por lo que solo al cabo de esos días se le entregaría un carnet con el que podría llevar el libro que deseara sin ningún inconveniente. Ella se encogió de hombros resignadamente.

Continué clavado en sus ojos mientras hacía un poco de teatro mostrándome dubitativo, me pasé la mano varias veces por la mandíbula y después por la frente como si intentara secarme de un sudor que por supuesto era hipotético.

—Hagamos una cosa —miré en todas las direcciones para cerciorarme de la inexistencia de moros en la costa y enseguida volví a sumergirme en su mirada—, si yo le permito llevarse este libro, deberá dejarme como garantía algo que represente valor para usted, como por ejemplo un carnet de seguridad social, pero además un número de teléfono donde pueda contactarla en caso de ser necesario. Mire que yo me jugaría el pellejo haciéndole este favor.

Sin dudarlo siquiera, ella aceptó. Rebuscó en su bolso nuevamente y sacó una tarjeta plateada, al tiempo que yo le devolvía su carnet de la tal universidad,

pues comprendí su intención. Comprobé que el nuevo plástico que me había entregado era su tarjeta de profesional certificado. Esta vez me fijé tanto en la fotografía como en su nombre.

— ¿Y su número de teléfono señorita Eva?— pregunté, precipitado.

Ella sonrió bellamente con sus grandes ojos de ámbar.

—Ya va— respondió.

Se inclinó sobre el escritorio y en un trozo de papel escribió el número con un bolígrafo rojo que yo tenía sobre una pila de libros.

—Muy bien— dije, al tiempo que leía un número de diez dígitos que empezaba con un trescientos.

Le alcancé el libro y ella me dio las gracias. Me dijo que lo devolvería pronto y yo le creí.

Me quedé quieto viendo cómo ella desandaba sus pasos y volvía a desaparecer de mi vida, completamente inconsciente de lo que su partida estaba generando en mí. Luego de eso, estuve cerca de dos horas más en la biblioteca, prestando y recibiendo devoluciones de libros, pero con la cabeza en otra parte. Al irse, Eva había dejado olvidado sobre mi escritorio su sobre marrón, cuyo contenido yo no había tenido tiempo de revisar, de modo que no había dejado de pensar en eso, pero aún no tomaba la decisión de si hacerlo allí mismo, en mi casa, o en otro lugar.

Al terminar mi jornada de trabajo resolví, para hacer tiempo, deambular un poco por las calles del centro histórico y quizás tomarme una cerveza y comer algo en cualquier restaurante asequible del Paseo de Bastidas. Cuando salí del edificio de la biblioteca, encontré que el mundo, por lo menos la parte del mundo donde yo me encontraba en ese instante, ya estaba a oscuras, y algunas luces empezaban a encenderse a lo largo del Paseo. Eché una mirada a mí alrededor, bajo el brazo derecho llevaba el sobre.

A mí izquierda algunos turistas salían en fila india de la antigua Casa de la Aduana convertida ahora en el Museo del Oro y se subían en un bus aparcado